

La homosexualidad femenina como una forma clínica de la histeria

Female homosexuality as a clinical form of hysteria

Por Luciano Lutereau

RESUMEN

En este artículo nos detendremos en el propósito de circunscribir diferentes elementos capitales del tratamiento de la histeria (la “identificación viril”, el goce de la insatisfacción, etc.), aunque orientándolos hacia el hilo conductor de esa forma fenoménica que es la homosexualidad. Ya en *El Seminario 20* Lacan sostenía que “la histeria [...] es hacer de hombre, y ser por tanto también ella homosexual...” (Lacan, 1972-73, 103). En este artículo nos proponemos ampliar esta afirmación, con la consiguiente consideración de un caso clínico.

Palabras clave: Psicoanálisis - Homosexualidad femenina - histeria

SUMMARY

In this article we will examine the purpose of circumscribing different key elements in the treatment of hysteria (the virile identificaton, the enjoyment of insatisfaction, etc.), though they will be oriented by a precise phenomonic form: homosexuality. In Seminar 20, Lacan maintained that “hysteria [...] is playing a man, and thus her being, too, a homosexual...” (Lacan, 1972-73, 103). In this article we aim to widen this statement, with the consideration of a clinical case.

Key words: Psychoanalysis - Female homosexuality - Hysteria



La homosexualidad femenina como una forma clínica de la histeria

No hubo que esperar demasiado para que la homosexualidad femenina fuera una pregunta para el psicoanálisis. En la deriva de la elaboración freudiana esta inquietud puede reconducirse a mucho antes que el informe de tratamiento de la llamada "joven homosexual", ya que es en el contexto de formalización inicial del dispositivo analítico que esta forma clínica comenzó a reclamar su interés. Así, por ejemplo, en el tramo final del historial de Dora, Freud destaca la homosexualidad de la muchacha como un rasgo que no habría sido sopesado en su justa medida y que, por lo tanto, se habría constituido en un obstáculo para la cura: "No atiné a colegir en el momento oportuno, y comunicárselo a la enferma, que la moción de amor homosexual (ginecófila) hacia la señora K. era la más fuerte de las corrientes inconscientes de su vida anímica" (Freud, 1905, 105).

Sin embargo, Dora es también el paradigma de la histeria para el psicoanálisis. Por lo tanto, ¿cómo pensar las relaciones entre histeria y homosexualidad? O bien, ¿cómo pensar la homosexualidad histérica, es decir, el carácter homosexual de toda posición histérica? Y, además, ¿qué singularidad añade, si es que alguna, el hecho de que una posición sexuada intrínsecamente homosexual -como la de toda histérica- conviva con una elección de objeto cuyo alcance es otra mujer?

En este artículo nos detendremos en estas preguntas de interés clínico, con el propósito de circunscribir diferentes elementos capitales del tratamiento de

la histeria (la "identificación viril", el goce de la insatisfacción, etc.), aunque orientándolos hacia el hilo conductor de esa forma fenoménica que es la homosexualidad. Ya en *El Seminario* 20 Lacan sostenía que "la histeria [...] es hacer de hombre, y ser por tanto también ella homosexual..." (Lacan, 1972-73, 103). En este artículo nos proponemos ampliar esta afirmación -que por sí sola habla más de la histeria que de la homosexualidad femenina-. He aquí una de esas situaciones en que, para avanzar, no alcanza con no retroceder.

¿Qué quiere una mujer?

Volvamos al *impasse* indicado en el caso Dora. Habitualmente, suele interpretarse este episodio -quizá de acuerdo con una precipitada lectura del escrito de Lacan "Intervención sobre la transferencia"¹ con los siguientes términos: Dora no estaría enamorada del señor K... sino de la señora K. No obstante, ¿qué duda puede haber de que Dora estaba más que interesada por ese "hombre todavía joven, de agradable presencia" (Freud, 1905, 27), de quien aceptaba regalos y que casi muere bajo un coche mientras cruzaron una mirada en la calle?² En todo caso, el obstáculo del caso se sostiene en el hecho de que Freud, con la orientación de sus interpretaciones, habría hecho consistir el lugar del señor K. como objeto del deseo -cuya serie psíquica, que también incumbía al padre, asumió en la transferencia- sin considerar que el deseo por el señor K. -como todo deseo- era deseo de deseo, es decir, un deseo que alcanzaba a la mujer de este último. De este modo, no se trata de que el extravío freudiano hu-

biera estado en “equivocar” el objeto amoroso de Dora, sino en delimitar las coordenadas del modo de desear de esta histérica referida a una versión del Otro cuyo deseo requiere de la presencia de Otra en el horizonte.

De acuerdo con este esquema es que puede decirse que Dora era una suerte de “joven homosexual”. Aunque no más que otra conocida histérica freudiana: la Bella Carnicera, quien sueña con la cena impedida que podría agasajar a una amiga y cuyo análisis confirma que igualmente se trata de una realización de deseo.³ En este sueño, el significativo de su deseo (caviar) se sustituye por el de su amiga (salmón), variación que demuestra el deslizamiento que atañe al interés de la histérica por todo deseo más allá del objeto en cuestión -esa pasión que Freud llamara “identificación histérica” en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1920)-;⁴ sin embargo, el factor crucial de la polarización del deseo se encuentra en la extraña preferencia que podría interesar al carnicero en aquella amiga demasiado flaca: ¿qué podría ver este hombre -a quien le gustaban las redondeces- en ella? Lacan expresa esta conclusión en los siguientes términos: “Pero ¿cómo puede ser amada otra (¿acaso no basta para que la paciente lo piense con que su marido la considere?) por un hombre que no podría satisfacerse con ella (él, el hombre de la rebanada de trasero)?” (Lacan, 1958, 606).

Ahora bien, ¿no debería reconocerse que hay un punto en que ese interés por la Otra hace de la Bella Carnicera también una suerte de homosexual? He aquí el núcleo de aquello que suele lla-

marse identificación viril: en absoluto se trata de que la histérica asuma rasgos propios del hombre, en el sentido de la conducta fenoménica, sino de su posición de interrogación de la cuestión de la feminidad a través del carácter enigmático -ese punto ciego- del deseo del Otro. Este aspecto muchas veces se expresa en ese síntoma central en la histeria que son los celos o bien en la pregunta que muchas mujeres formulan a sus parejas actuales respecto de sus anteriores compañeras: “¿Cómo pudiste estar con ella?”, donde en ese reproche se encuentra menos una recriminación vacía o injurianta que la intención de responder con el saber a la pregunta por el goce femenino.

Por esta vía, la pregunta histérica se formula en términos estrictos: “¿Qué quiere una mujer?”. En la enseñanza lacaniana este interrogante se plantea desde los primeros seminarios -por ejemplo, la mencionada pregunta ya se encuentra en *El Seminario 3-*, pero es recién a partir de *El Seminario 17* que puede encontrarse la delimitación de la satisfacción específica que corresponde a la histeria: el goce de (y en) la insatisfacción. Sin embargo, para dar cuenta de este desarrollo -y no plantear una mera adición de elementos- es preciso circunscribir cierto movimiento clínico de Lacan que conduce desde la metáfora paterna hacia las fórmulas de la sexuación.

En el contexto de *El Seminario 5* la clínica lacaniana se ordena en función de los tres tiempos del Edipo: según el momento en que el niño habría quedado posicionado respecto del deseo de la madre su orientación será hacia la psi-

cosis, la neurosis o la perversión. Así, por ejemplo, si el padre no nombra fálicamente el deseo de aquella nos encontramos en el campo de la psicosis; y si este paso se encuentra dado, ya sea que el niño asuma la condición de fetiche de la madre o condescienda a la privación de esta última por el padre (que, a su vez, otorga la expectativa futura de la realización del sexo a través del Ideal), encontramos las otras dos posibilidades: perversión o neurosis.

Sin embargo, es preciso realizar una suerte de crítica a la metáfora paterna: en primer lugar, porque representa un resabio psicopatológico (cuando no psiquiátrico y clasificatorio) en la enseñanza de Lacan; en segundo lugar, porque pareciera que en ella convergen dos problemas distintos, por un lado, la asunción normativa de los tipos ideales del sexo y, por otro lado, la cuestión de la relación que se establece entre el niño y la madre. Respecto de este último motivo, es notorio que la metáfora paterna no plantea la posibilidad de una relación directa entre el padre y el niño -no mediada por el deseo de la madre- cuestión a la que Lacan se dedicará en sus seminarios posteriores en una reformulación de su concepción del padre que llevaría a la noción de *père-version* (ese estatuto del padre que no se vincula con una instancia ideal sino con el modo en que se relacionó con una mujer como causa de su deseo y, por lo tanto, transmite una versión de la castración)⁵. Respecto de la madre, también la noción cobraría un desarrollo acusado, al punto de que lleva a ubicar la sexualidad femenina como condición indispensable y precedente para pensar

la relación con el niño⁶. Así es que, nuevamente, en un texto contemporáneo de *El Seminario 17* (conocido como “Dos notas sobre el niño”) Lacan propondría que el niño no sólo puede responder a lo que hay de sintomático en la pareja parental sino que también puede quedar capturado como objeto en el fantasma de la madre, aspecto que interroga la función materna más allá de la pregunta por el falo como operador del deseo e introduce su precondition: el modo en que la madre se haya posicionado respecto de su feminidad. Dicho de otro modo, la conclusión es taxativa: ser no-toda madre es condición de que la madre pueda desear a un niño como sustituto (fálico).

De acuerdo con esta reinterpretación de los desarrollos acerca del Edipo, cuyo punto de alcance son las fórmulas de la sexuación -en las cuales se distingue el lado macho y el lado mujer-, cabe preguntarse: ¿cómo se localiza la histérica respecto de su *posición sexuada*? Es importante destacar el énfasis en esta última expresión, ya que el efecto principal de ese movimiento conceptual en la clínica de Lacan radica en que se deja de pensar la relación con el sexo en términos de identificaciones (por ejemplo, para la mujer: la “ser el falo” -circunstancia asociada a la donación de su amor en función de aquello que no tiene, es decir, *da* su cuerpo como intercambio en la demanda amorosa-) para interrogar la posición sexuada a partir de la interrelación del amor, el deseo y el goce. En el caso de la histeria, la posición se resume en el interés denodado por el deseo del Otro -esto es, por una versión del Otro que sólo sea de-

seante- a expensas de acomodarse a la posibilidad de encarnar el objeto de goce -ese objeto a que, en tanto *partenaire* fantasmático, es la condición de acceso del deseo fálico al campo del Otro-. Por eso la histérica interroga el deseo en función del saber o, mejor dicho, intercambia el goce por el deseo de un saber supuesto al goce. En esta polarización del deseo y el goce, el amor participa, a su vez, como elemento de enlace: la histeria condesciende a la posición de objeto sólo por amor, enamorada de una entrega que también sigue referida al deseo de su *partenaire*. Este es un aspecto notable de la clínica contemporánea, donde encontramos que la histeria puede sucumbir a las más diversas de las prácticas sexuales, pero con un cuerpo deshabitado, que interroga la posibilidad de ser otra mujer para ese hombre que la desea, o bien que cede frente a algún suplemento de la afirmación: "Si a vos te gusta". De este modo, puede afirmarse que toda histeria es homosexual, al menos, en dos niveles: por un lado, de acuerdo con el sentido de su identificación viril (que, como hemos dicho, denota su afinamiento en el deseo fálico -desde donde interroga y reduce la feminidad a la versión de algún objeto fantasmático-); por otro lado, es homosexual en la medida en que -orientada por la pregunta "¿Qué quiere una mujer?"- busca acceder a la feminidad a través del deseo... en desmedro de su posición gozante o, mejor dicho, en favor de una forma fálica del goce: la insatisfacción (Cf. Lacan, 1969-70, 137). En conclusión, la histérica se relaciona con el deseo de un modo particular, a

través del recurso a una cláusula restrictiva: si lo realizara, se desleiría. Si bien la histérica sabe que el deseo es siempre deseo del Otro y, en este punto, se encuentra más advertida que el obsesivo respecto de la estructura, desconoce la función de la causa al reducir el objeto del deseo a un mero motivo dispensable. La histérica sostiene que siempre es preciso reservarse un poco -no entregarse demasiado, no sea que el *partenaire* se desanime-, como si ese resto no fuera algo que sólo la satisfacción puede producir; y al goce de la insatisfacción lo envuelve con el velo de la demanda amorosa. Ser ese oscuro objeto del deseo (de acuerdo con su estatuto *agalmático*), el punto de llegada de todos los signos de amor, cuidados y atenciones de su *partenaire*, hace del valor fálico la única moneda con que la histeria sabe relacionarse con el goce porque, después de todo, ese amor apenas refrenda su posición de falo de y para el Otro.

Luego de esta descripción de la histeria en función de su pregunta por lo femenino -a partir de las invariantes de su posición respecto del deseo, el goce y el amor-, punto en el cual hemos destacado su condición intrínsecamente homosexual, cabe detenerse en la inquietud planteada en un comienzo a propósito de la coyuntura en que se añade una elección de objeto homosexual. Dicho de otro modo, ¿qué ocurre cuando una histérica tiene como pareja a otra mujer?

La histérica homosexual

De acuerdo con lo planteado en el apartado anterior, sería oportuno introducir una diferenciación: en función de una

clínica de la posición subjetiva, cabría sostener que la histérica resume una posición *homosexuada*; ahora bien, ¿cómo pensar la particularidad en que una *homosexuada*, además, tiene una práctica *homosexual*? ¿Hay aquí algún dato de relevancia para el psicoanálisis? ¿Se trata apenas de una cuestión que debe ser dejada a la cuenta del carácter contingente de la elección de objeto sin mayores incidencias para la elaboración conceptual?

Para no responder a estas preguntas de un modo abstracto, plantearemos en este apartado el recurso a un caso clínico que, según nuestro punto de vista, expone lo que la *homosexuada homosexual* enseña al analista. Retomaremos un caso ya publicado, de Carolina Zaffore, cuyo propósito es elaborar la función de anudamiento de cierto consumo frente a la coyuntura de la elección sexual. El recorte clínico tiene el objetivo de “iluminar ciertos aspectos de los modos actuales de hacer lazo, donde el examen de la posición sexual cobra especial relieve” (Zaffore, 2010, 273). De este modo, la relativa convergencia de intereses entre su trabajo y el nuestro permite servirnos de su caso en función de la elaboración que aquí concierne.

Se trata de una muchacha de 21 años, a la que se llama Luz, quien consulta en un Centro Asistencial (en el Equipo de Adolescentes) con una pregunta específica: “Quiero saber qué me pasa con las mujeres”; “¿Seré definitivamente gay?”. A los 16 años tuvo una primera experiencia con otra mujer, en el contexto de una relación de cuatro (sostenida en el consumo de al-

cohol y cocaína). No obstante, su inquietud se despierta en los últimos meses: esta pregunta la logra “aturdir”, le “parte la cabeza”. Por ese entonces había decidido contar a sus amigas su “lesbianismo” -que ya cuenta 5 años-. Este paso tiene el propósito de compartir su “parte homo”.

El efecto de esta decisión no deja mostrarse sorprendente: sus amigas quedan interesadas al respecto, se entusiasman con su valentía y, finalmente, con la más cercana de ellas termina “teniendo algo” -ante el pedido de su amiga, que “quiere probar”-. “¿Qué les pasa a mis amigas?”, se pregunta Luz, “¿Qué soy, un conejito de indias?”. Esta pregunta esta asociada a su malestar actual: vacío, tristeza, inestabilidad.

De acuerdo con su inquietud inicial, es Luz quien establece la correlación entre su práctica homosexual y el consumo de cocaína. Sin embargo, este último no es un problema -aunque, eventualmente, pueda recaer en el exceso-. Su pregunta es de otro orden, para la cual la toxicomanía es también un intento de respuesta.

Antes de comenzar este consumo, hacia los 16 años, la vida de Luz estuvo cercada por frecuentes ataques de angustia y una “soledad indigerible” que, por cierto, fueron el saldo de una decepción amorosa.

A los 15 años había comenzado a salir con un muchacho, Sebastián. Él era todo para ella, el único hombre en su vida y, a su vez, con quien se inició en el mundo de la sexualidad. Con Sebastián tenía la seguridad de un “amor total” y proyectaba “con toda mi inocencia tener hijos y formar una familia... moría por

él... estaba en babia". Sin embargo, a partir de un atraso -acompañado de esta expectativa de maternidad- la respuesta de Sebastián produce un efecto estrepitoso: "Si estás embarazada yo voto por el aborto". A partir de esta situación se produce un viraje en la relación que, finalmente, culmina en la separación... una ruptura marcada por el hecho de que Luz quedase a disposición: "Me tenía cuando quería". Esta coyuntura se interrumpe en un momento específico y de modo taxativo: en un último encuentro, ella tuvo la certeza de que él ya no la amaba. En la habitación de un hotel, Sebastián "quería sólo sexo, ¿dónde quedó tanto amor?"; y en esta circunstancia se añade un detalle: en el punto culminante de la relación sexual, él le dice algo que desarma la escena de placer: "Mi putita". Así, Luz se angustia y asume una actitud de reclamo: "Yo no soy tu putita". Cuando la analista le pregunta respecto del monto de afecto, responde: "a la Luz puta no me la banco, no la puedo tolerar".

No obstante, a partir de este momento, aquejada por el vacío y la soledad, Luz se entrega a una serie de relaciones atravesadas por esta posición singular: "Ser bien puta", significante que encuentra su traducción en otro: "Promiscua por desamor [...]. Era una conejita de Playboy".

Por esta vía, se establecen dos períodos definidos, cuya bisagra es la pérdida de sentido de su promiscuidad. Entonces, ¡descubrió a las mujeres! Sin embargo, este hallazgo se realiza en un contexto definido: comienza a ir a un boliche gay... pero que también convoca a heterosexuales. La analista lo dice

en estos términos: "... no es un boliche exclusivo de chicas sino más bien resaltaría que el contacto entre ellas está generalmente marcado por la mirada atenta de los hombres que concurren, entrando así el deseo masculino en el circuito" (Zaffore, 2010, 276).

De este modo, pueden establecerse dos secuencias en la organización del material: por un lado, la orientación hacia las mujeres como una respuesta frente a la angustia del abandono, el vacío y la soledad; por otro lado, el soporte de ese giro en función de la "contención y el amor de las mujeres", donde Sebastián habría confirmado que "lo único que los hombres quieren son putas".

Asimismo, antes de hacer un análisis de la posición sexuada de Luz, cabe detenernos en algunas de las intervenciones de la analista, en particular dos de ellas: en primer lugar, la conexión significativa que se formula entre "conejito de indias" y "conejita de Playboy"; en segundo lugar, "una indicación sobre el tono sistemáticamente infantil con el que dirigía a sus *partenaires* sexuales y que reproducía en voz activa y con mucha gracia en su relato" (Zaffore, 2010, 276). El efecto de estas intervenciones ofrece un esclarecimiento significativo: "La respuesta subjetiva a dichas intervenciones irá configurando dos elementos: un sueño de angustia el que despierta con la imagen de una niña en un ataúd y el recuerdo semi-olvidado del modo en que el padre se dirigía a ella de niña: *mi conejita*" (Zaffore, 2010, 276).

A partir de esta última indicación puede apreciarse que, para Luz, el encuentro con otra mujer es una forma de restituir el amor... ese amor al que un hombre

no habría podido responder. No sólo el amor de Sebastián, sino el amor al padre que se soporta en la nominación de su ser y que permite empezar a ubicar una posición histérica en su relación con el deseo. En este punto, podría decirse que este caso sirve para diversos propósitos: podría ilustrar el punto en que la toxicomanía no se determina por el mero recurso a un objeto, el carácter pregnante de la identificación histérica (que se corrobora en el animado interés de sus amigas), etc. Sin embargo, el hilo conductor en que esta referencia clínica demuestra su mayor alcance se aprecia en las dos secuencias arriba establecidas:

a) Por un lado, podría pensarse que el comienzo de la práctica homosexual de Luz es un *acting out* que pone en escena de modo salvaje (y desplazado) ese nombre de goce que en el encuentro con Sebastián perdió toda referencia libidinal. Sólo se puede ser una “puta” a condición de que el amor vele esa entrega; el “conejito de indias” -aunque parezca paradójico- restituye el valor agalmático a ese objeto degradado que indica la “conejita de Playboy”. Sin embargo, el *acting out* no vale tanto por lo que muestra, sino por a quien está dirigido: en un boliche *gay friendly* se muestra a los hombres el modo amoroso en que se trata a una *conejita*. Luz afronta el deseo fálico -que degrada al Otro a un mero objeto, que condensa una versión fantasmática del goce- para ubicar que el amor es una condición indispensable. Su demanda amorosa para con Sebastián y el modo en que su relación se interrumpió lo demuestran.

b) Por otro lado, este *acting out* es la respuesta a una desilusión amorosa y a un duelo impedido: asumiendo el lugar del objeto perdido, Luz hace del amor su causa. Este punto podría comprobarse en que este *acting out* no tiene el propósito de vengarse del Otro (aquí, por ejemplo, podría trazarse una diferencia importante con el caso de la joven homosexual de Freud, quien no sólo no concebía otra forma de amar, sino que además provocaba a su padre con la escena que montaba al pasear con la *cocotte*) sino de conmemorar lo que pudo haber sido. En todo caso, Luz busca esa mirada perdida a través del modo de tratar a otra mujer. El carácter neurótico de su apuesta se revela en el punto en que intenta “blanquear” esta situación: se produce la división subjetiva, ya que a partir de ese momento la cuestión de su sexualidad la “aturde”. Dicho de otro modo, cuando intenta afirmarse en un ser sexuado, su posición recae sobre ella con forma de pregunta.

Amar al padre

Es un hábito sostener que la histérica quiere un deseo insatisfecho y que goza de la privación. Sin embargo, esta indicación no es más que la paráfrasis de una frase de sentido común, aquella que sostiene que la histérica está “mal atendida”. Dicho de otro modo, enfatizar esta presentación de la histeria es un modo de confirmar la interpretación fálica de su deseo; y, por cierto, en la perspectiva de plantear la posibilidad de un análisis no es la vía más propicia. Mucho más significativo es advertir que la histérica intercambia su deseo insatisfecho por un amor al saber. Estos dos

aspectos se encuentran indicados en la fórmula lacaniana del discurso de la histérica:

§ S1
a S2

El margen izquierdo de la fórmula demuestra la insatisfacción (la división subjetiva como represión del goce), mientras que el margen derecho expone ese punto en que la histérica interroga al amo en función de un saber supuesto. Y el amo en la histeria tiene un nombre específico: el padre. A diferencia del padre de la obsesión (instituido como quien prohíbe el goce), el uso que la histérica hace del padre se particulariza en función de la seducción. Ya Freud lo había advertido en el comienzo de su práctica, en el pasaje de la teoría traumática a la ubicación de la fantasía en la causación de la neurosis. Sin embargo, ¡no quiere decir esto que no haya habido más seductores o padres perversos! Por el contrario, cualquier hecho anodino puede servir para demostrar esa posición estructural: el padre como seductor -que localiza a la histérica como víctima pasiva del deseo del Otro- es el reverso del uso del padre que hace la histérica cuando se dirige a este último en busca de un saber sobre el goce. Por eso no debe creerse que el "padre idealizado" de la histeria es un "padre perfecto"... sino el padre al que se interroga por el ideal en función de su castración, es decir, su deseo. En definitiva, la histérica pide al padre que ponga el deseo en palabras. He aquí la "armadura histérica" del amor al padre -para retomar una expresión de los últimos

seminarios de Lacan-.⁷

Podríamos pensar estas distinciones en el caso Dora, a través del análisis de sus síntomas: en primer lugar, el asco (producido en función de una escena en que el señor K. la besa y apoya su miembro contra su cuerpo) responde a ese rechazo del deseo que Freud llama "transmutación del afecto" y que es condición suficiente para que haga el diagnóstico de histeria -en definitiva, también el sentido común suele decir que las histéricas son algo "asquerosas"... cuando debería añadirse que el asco es una forma de posicionarse respecto de la iniciativa deseante del Otro-; en segundo lugar, la afonía que -a través de la asociaciones de Dora, que reconducen del uso que ella misma hacía de sus propias enfermedades (motivo del reproche al padre), en función de la identificación con una de sus primas y las indisposiciones de la señora K. cuando su marido estaba presente- implica el carácter psíquico del síntoma, en la medida en que está dedicado a la ausencia del señor K. Por esta vía, Dora rechaza el deseo de aquel a quien ama: es decir, requiere los signos de su amor, pero del goce... sólo quiere saber. Así lo demuestra, en tercer lugar, el síntoma fundamental de Dora: la tos. En este síntoma se expresa el punto en que el padre sirve a los fines de exponer la versión de lo que es una mujer para Dora: un objeto a ser chupado. He aquí un saber supuesto al goce y cuya predilección Dora demuestra en su segundo sueño (donde prefiere ir a leer un libro antes que asistir al entierro del padre). Por lo demás, así es que sus síntomas, atraídos por la pulsión oral, demuestran

que esta última no es meramente un hecho biológico, sino un montaje que sanciona un modo de relación con el Otro: rechazo del deseo de aquel a quien se demanda... que escriba la relación sexual. De regreso a la fórmula del discurso histérico propuesto por Lacan en *El Seminario 17*, la histérica demuestra de modo ejemplar cómo -para la neurosis- saber y goce son excluyentes.

De este modo, la inclinación por el amor al padre dirime un carácter particular de la histeria que circunscribe con mayor rigor la afirmación inicial de un deseo insatisfecho. Asimismo, por esta vía plantearemos un modo de aproximación a la homosexualidad femenina cuando se trata de un caso de histeria -como el de Luz-, que permita pensar la condición singular de esta versión del deseo insatisfecho.

¿De qué modo amar al padre? ¿Qué enseña la homosexualidad femenina sobre este amor? El caso de Luz demuestra que no sólo se trata de recibir de aquél un nombre de goce, sino que el padre puede ser también el referente de un tipo de amor específico. Para dar cuenta de este aspecto puede retomarse nuevamente la comparación con la joven homosexual de Freud. Mientras que esta última monta una escena soportada en "hacerse a un lado" (Cf. Freud, 1920), esto es, que declina del padre a través de la venganza, la histérica homosexual ocupa su lugar, restituye el modo de amor al cual el hombre no habría podido condescender. Si en el caso de la joven homosexual Freud no deja de enfatizar que la muchacha se identificó con su padre -a través del mecanismo regresivo del duelo-, esta

asunción de la masculinidad no prescindía del desafío. La homosexual histérica, en cambio, expone el carácter "estabilizador" del amor paterno al plantear que éste es el nudo que permite que el deseo y el goce se enlacen. Sólo se puede gozar de una mujer a condición de amarla y la homosexual demuestra cómo el amor es una forma de cuidado del *partenaire* -o, como decía Luz, de que manera el amor entre mujeres es una forma de "contención"- . Por último, y a partir de lo anterior, si la joven homosexual freudiana se encuentra consagrada a la satisfacción del *partenaire*, no es el interés por el goce de la compañera lo que importa en el enlace homosexual a partir de la histeria: de acuerdo con Luz, el enlace vuelve a plantearse en función del deseo... fálico. No sólo porque el inicio de la práctica acontece en un boliche en el que la mirada de los hombres es una constante, sino porque el modo mismo en que se desea a una mujer implica la asunción de una forma fálica de desear: *conejita*, después de todo, es un sustituto del falo que se puede ser para un hombre.

Conclusiones y perspectivas

En un libro reciente, G. Pommier permite considerar las elaboraciones aquí propuestas en el marco más amplio de un viraje de la histeria hacia la homosexualidad. Las convergencias con el caso de Luz son significativas -punto en el cual se lo podría considerar paradigmático por algo más que una acumulación empírica-: "Parecería que una decepción del amor heterosexual tuviera como consecuencia un episodio de homosexualidad que puede durar un tiempo.

[...] Se da paso a la homosexualidad por identificación con el hombre a fin de hacer ese duelo, poniéndose en su lugar y comportándose con una mujer de la manera en que él debería haberlo hecho” (Pommier, 2010, 62-63).

En este punto, Pommier también realiza una comparación y diferenciación con el caso freudiano de la “joven homosexual” a partir de lo que llama “desistimiento” (*Answeichen*) -y que nosotros hemos mencionado (de acuerdo con la traducción al castellano del término) como “hacerse a un lado”-: “Este amor invertido no busca solo una identificación con el padre, amando como él a las mujeres; trata de vengarse de una traición. Hay que hacer sufrir a un perjuro y, sobre todo, hacerle pagar. De ahí los esfuerzos repetidos por que el traidor sepa todo de sus amores homosexuales. [...] Por lo tanto, en todas las circunstancias siempre habrá algunas razones para tomar venganza del padre, y una de sus modalidades es el ‘desistimiento’ ostentoso para elegir otro género. Esta es una característica de numerosos homosexuales que, en cierto momento de su existencia, sienten la urgencia de informar a sus padre sobre sus elecciones” (Pommier, 2010, 67).

Esta última indicación de Pommier -que, como hemos visto, sí le cabría a la joven homosexual- no le sienta bien a un caso como el de Luz. Ya hemos indicado de qué modo la pregunta por su sexualidad recae sobre ella misma cuando comunica a sus amigas la cuestión... restaría añadir que ya avanzado el tratamiento la analista consigna la irresolución que concernía a la situación de dar el paso de informar a su padre su

relación con una mujer: “...avanzaba al punto no sólo de querer contarle a sus amigas sino incluso planeaban juntas una presentación oficial a su padre” (Zaffore, 2010, 276).

De este modo, el análisis que aquí hemos hecho es convergente con las dos notas presentadas por Pommier: por un lado, se circunscribe cierta decepción con el hombre, motivo que se reconduce a la circunstancia de un duelo; por otro lado, se asume la posición del padre para amar a una mujer -donde el padre no es objeto de desafío ni de provocación-.

Sin embargo, de nuestra presentación se desprende un tercer elemento que debería ser investigado con mayor detalle en futuros artículos: ¿acaso el amor al padre en la homosexualidad femenina tiene un carácter particular o bien se trata de un énfasis en un rasgo que en la histeria, de ordinario, se encuentra implícito (reprimido) y que la homosexualidad femenina pone de manifiesto a través del *acting out*? Esta última hipótesis -que la homosexualidad femenina en la histeria es una vía de sortear la represión del amor al padre- es la que estudiaremos en un trabajo futuro dedicado a la cuestión. A través de la evitación de la represión -este amor no es sintomatizado-, la homosexualidad femenina se constituye en una vía prístina de aproximación al estudio de la histeria más allá de la afirmación corriente de un deseo insatisfecho (o deseo de insatisfacción).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- FREUD, S. (1905). "Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)". En *Obras Completas*, Vol. VII, Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- FREUD, S. (1920). "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" en *Obras Completas*, Vol. XVIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- LACAN, S. (1951). "Intervención sobre la transferencia". En *Escritos 1*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- LACAN, J. (1958). "La dirección de la cura y los principios de su poder". En *Escritos 2*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- LACAN, J. (1960-61). *El Seminario 8. La transferencia*, Buenos Aires: Paidós, 2004.
- LACAN, J. (1969-70). *El Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 2007.
- LACAN, J. (1972-73). *El Seminario 20. Aun*, Buenos Aires: Paidós, 2002.
- LAURENT, E. (1997). *Hay un fin de análisis para los niños*, Buenos Aires: Diva.
- POMMIER, G. (2010). *¿Qué quiere decir "hacer" el amor?*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- SOLER, C. (2004). *Lo que Lacan dijo de las mujeres*, Buenos Aires: Paidós, 2007.
- ZAFFORE, C. (2010). "Una histeria homosexual". En *Ancla 3. Revista de la Cátedra II de Psicopatología*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

NOTAS

- ¹Así, por ejemplo, en el tercer desarrollo de verdad que Lacan propone en este escrito, sostiene: "La atracción fascinada de Dora hacia la señora K. ("su cuerpo blanquísimo")..." (Lacan, 1951, 209).
- ²"Vio cómo una persona era arrollada por un carruaje. Por último sacó a relucir que la víctima del accidente no era otra que el señor K." (Freud, 1905, 106).
- ³Para un análisis pormenorizado de este sueño, desde la perspectiva que seguimos en este desarrollo, cf. Soler, C. (2004, 61-79).
- ⁴En estos términos, por ejemplo, expresa Lacan el interés de la histeria por los "chismes": "La devoción de la histérica, su pasión por identificarse con todos los dramas sentimentales, de estar ahí, de sostener entre bastidores todo lo que pueda ocurrir que sea apasionante..." (Lacan, 1960-61, 281).
- ⁵La referencia más significativa de Lacan al respecto se encuentra en la clase del 21 de enero 1975 ("El Seminario RSI"): "Un padre no tiene derecho al respeto, sino al amor, más que si el denominado

amor, el dicho respeto está -no le creerán a sus oídos- *père-versement* orientado, es decir, hacer de una mujer objeto a que causa su deseo".

⁶"[El niño] va a responder atrapando a la mujer en tanto que madre [...]. Por el fantasma va a situarse frente a su madre y esta será para él la respuesta construida al ¿qué quiere la mujer? Por esta razón a partir de 1969 para Lacan hay una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de los niños: la sexualidad femenina" (Laurent, 1999, 38-39).

⁷Cf. Clase del 14 de diciembre de 1976, del *Seminario 24*, donde Lacan utiliza explícitamente la expresión "armadura" para referirse al "amor al padre".

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Magíster en Psicoanálisis. Lic. en Psicología y Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, donde trabaja como investigador y docente en la Cátedra I de Clínica de Adultos y Psicología Fenomenológica y Existencial. Autor del libro *Lacan y el Barroco. Hacia una estética de la mirada y La caricia perdida. Cinco meditaciones sobre la experiencia sensible*.

E-Mail: llutereau@gmail.com